

UN NUEVO «ESPÍRITU DEL CAPITALISMO»¹

Políticamente, Francia se está desplazando en cuanto a sus políticas gubernamentales prácticamente en la misma dirección que el resto de Europa occidental. Detrás de la retórica oficial, el régimen de Jospin ha acelerado las privatizaciones (se han vendido más activos públicos que durante el gobierno de Juppé), las ofertas públicas de adquisición y los recortes del gasto social. La prensa del *establishment*, tras lamentarse de la caída del «modernizador» ministro de Finanzas, Strauss-Kahn, acusado de corrupción, ha recibido con satisfacción la línea de continuidad defendida por su sucesor, Sautet, que ha asegurado que no se producirá ningún cambio de rumbo. Al igual que en Gran Bretaña, la derecha permanece paralizada por rencorosas disputas internas, y en la escena política oficial no se vislumbra ninguna fuerza opositora capaz. Intelectualmente, sin embargo, la hegemonía neoliberal es más débil que en otros lugares. La defensa explícita de *la pensée unique* –equivalente al modelo TINA anglosajón (acrónimo de *there is not alternative*)²– se ha vuelto hoy en día más inusual. Una sensación de descontento generalizado, de impaciencia y de indignación perpleja, ha hallado expresión en una serie de publicaciones que han sido bien acogidas en el mercado. Las editoriales siguen constatando, para su sorpresa, que los libros que denuncian el libre mercado, la globalización, la flexibilización laboral, la pobreza y la desigualdad están entre los más vendidos. No se trata de sedantes atemperados como los que se producen en Gran Bretaña y Estados Unidos de la mano de autores como Will Hutton o Robert Reich. *La misère du monde*, editada por Pierre Bourdieu, ha vendido 80.000 copias; *L'horreur économique*, de Viviane Forrester, 300.000; *L'imposture économique*, de Emmanuel Todd, 50.000; *Ab! Dieu que la guerre économique est jolie*, de P. Labarde y B. Marris, 70.000. El ataque despiadado al servilismo de los medios de comunicación de Serge Halimi en *Les nouveaux chiens de garde* ha sido otro de los éxitos espectaculares. A pesar de lo poderosas que sigan siendo las aproximaciones conformistas –exceptuando algunos casos poco comunes, no se puede decir que las reacciones ante el bombardeo de la OTAN en los Balcanes fueran una muestra de la independencia intelectual gala–, el clima moral se ha alejado un buen trecho del autoenvilecimiento entusiasta y de la americanización acérrima de la década de 1980.

¹ Luc Boltanski y Ève Chiapello, *Le Nouvel esprit du capitalisme*, Gallimard, París, 1999. 843 pp. [de próxima aparición «Cuestiones de antagonismo», Akall].

² Frase pronunciada por Margaret Thatcher para condensar la situación en la que se producía la aplicación de sus políticas neoliberales. [N. de la T.]

La aparición de *Le Nouvel esprit du capitalisme*, de Luc Boltanski y Ève Chiapello, representa hasta el momento el acontecimiento más importante de este giro. Este impresionante libro es una mezcla sorprendente: un análisis ideológico y cultural, una narración socio-histórica, un ensayo de economía política y una pieza audaz de reivindicación comprometida. Como dos conductores de rally experimentados, Luc Boltanski y Ève Chiapello conducen al lector a través de un recorrido teórico vertiginoso que se extiende a los últimos treinta años; en el momento en el que uno teme que vayan a deslizarse fuera de la carretera con una generalización flagrante o una formulación imprudente, diestramente enderezan el volante mediante un comentario sagaz o abriendo un nuevo horizonte conceptual. Esta obra, por su potencialidad, ha sido valorada de forma general como digna de convertirse en un clásico.

Boltanski –perteneciente a la misma generación que Bourdieu, con el que trabajó en el pasado– es un sociólogo que alcanzó notoriedad pública por primera vez gracias a su trabajo conjunto con Laurent Thévenot, *De la justification*, un estudio sofisticado y en ocasiones abstruso acerca de las distintas nociones intuitivas de justicia que la gente maneja en sus encuentros con el mundo de las relaciones y de los objetos sociales. Asociado, a través de Thévenot, con economistas interesados en las convenciones del intercambio mercantil, criticados por algunos por su afán «armonizador», Boltanski confiesa estar en deuda por encima de todo con Albert Hirschman, a quien dedica *Le Nouvel esprit*. Chiapello, en cambio, es una joven profesora de una escuela de empresariales, que dedicó su primer libro al estudio de la relación entre artistas y gestores. Un sociólogo establecido y una joven teórica de la gestión no son aparentemente la mejor combinación para desarrollar una crítica feroz al capitalismo contemporáneo. Sin embargo, esto es, entre otras cosas, lo que proporciona *Le Nouvel esprit*.

El libro arranca con una enérgica manifestación de indignación y perplejidad. ¿Cómo es posible que una nueva y virulenta forma de capitalismo, que ellos etiquetan como una variante «conectivista» o «en red», con un impacto aún más desastroso en el tejido de la vida cotidiana que sus predecesoras, se las arregle para instalarse con tanta facilidad y de un modo tan desapercibido en Francia sin atraer la debida atención crítica o alguna manifestación de resistencia organizada por parte de unas fuerzas opositoras, que habían demostrado su vigor durante la generación anterior, y que en la actualidad se han quedado reducidas a la insignificancia o al papel de animadoras? La respuesta a esta pregunta, tal y como sugieren Boltanski y Chiapello, hay que buscarla en la suerte que corrieron las distintas ramificaciones de la revuelta masiva en contra del régimen gaullista de mayo y junio de 1968. Según los autores, siempre han existido cuatro fuentes posibles de indignación ante la realidad del capitalismo: (1) una exigencia de *liberación*, (2) una oposición ante la *falta de autenticidad*, (3) un rechazo del *egoísmo*, (4) una reacción ante el *sufrimiento*. Entre todas ellas, el primer par alcanzó su expresión más lograda en el ambiente bohemio de finales del siglo XIX: la denominan la «crítica artística». El segundo par fue articulado de forma central por parte del movimiento obrero tradicional, y representa la «crítica social».

Según Boltanski y Chiapello, estas dos formas de crítica han acompañado a la historia del capitalismo desde sus inicios y se han relacionado con el sistema y entre sí de varios modos, conformando un amplio espectro que va del entrete-

Jimiento al antagonismo. En Francia, 1968 y sus secuelas dieron testimonio de la fusión de las dos manifestaciones críticas cuando el levantamiento estudiantil de París fue el detonante de la mayor huelga general de la historia mundial. El desafío al orden capitalista fue tan fuerte que al principio éste tuvo que hacer concesiones significativas ante las exigencias sociales, garantizando una mejora de las condiciones salariales y laborales. Sin embargo, de manera gradual, las expresiones sociales y artísticas de rechazo al capitalismo comenzaron a escindirse. La crítica social se fue debilitando de forma progresiva a causa de la involución y el declive del comunismo francés y a la creciente negativa de los empresarios franceses a ceder más terreno sin que a cambio se reinstaurara el orden en las empresas o aumentaran los niveles de productividad que habían descendido notablemente. Por otro lado, floreció la crítica artística protagonizada por grupos libertarios y de extrema-izquierda junto a las corrientes «autogestionarias» de la CFDT (la antigua confederación sindicalista católica). Los valores de la creatividad expresiva, de la identidad fluida, de la autonomía y el autodesarrollo se pregonaron contra los imperativos de la disciplina burocrática, la hipocresía burguesa y el conformismo consumista.

No obstante, el capitalismo siempre se ha apoyado en las críticas al *status quo* con el fin de mostrarse alerta ante los peligros derivados del desarrollo sin trabas de sus formas actuales, y de dar con los antidotos necesarios para neutralizar a la oposición antisistémica y aumentar sus niveles de rentabilidad. Las empresas, dispuestas a obtener ventajas incluso en las condiciones más adversas, comenzaron a reorganizar el proceso productivo y los acuerdos salariales. El resultado fueron los sistemas de trabajo flexible, la subcontratación, el trabajo en equipo, los empleos en los que intervenían múltiples tareas y capacidades, la gestión «horizontal», es decir, todos los rasgos del denominado «capitalismo flexible» o «posfordismo». Según Boltanski y Chiapello, estas transformaciones moleculares fueron algo más que meras reacciones ante una crisis de autoridad en el seno de las empresas y de rentabilidad en la economía. Fueron, además, formas de atajar las demandas implícitas de la crítica artística antisistémica, que de esta forma quedaron incorporadas en modos que las hacían compatibles con la acumulación y desarmaban una amenaza subversiva potencial que había incluso llegado a afectar a una generación más joven de gestores que se habían empapado de los elementos del «espíritu del 68».

En esta obra, el capitalismo es concebido, en términos weberianos, como un sistema impulsado por «la necesidad de acumular capital de forma ilimitada empleando medios formalmente pacíficos», que en lo esencial resulta absurdo y amoral. Ni los incentivos materiales ni la represión son suficientes para movilizar al enorme número de personas necesarias –la mayoría con muy pocas oportunidades de obtener provecho y con un nivel muy bajo de responsabilidad– para que el sistema funcione. Lo que hace falta son justificaciones que vinculen las ganancias personales, producto de esa implicación, a alguna noción de bien común. Las creencias políticas convencionales –el progreso material que proporciona este orden, su eficacia para ajustarse a las necesidades humanas, la afinidad entre el libre mercado y la democracia liberal– son, de acuerdo con Boltanski y Chiapello, demasiado generales y estables como para motivar una adhesión y un compromiso real. Lo que hace falta, en cambio, son justificaciones que resulten veraces tanto en el ámbito colectivo –de acuerdo con una concepción de justicia o bien común– como individual. Para identificarse realmente con el sistema, tal y como tienen que hacer los gestores, prin-

cipales destinatarios de estos códigos, han de darse dos condiciones potencialmente contradictorias: un deseo de *autonomía* (es decir, nuevas perspectivas intensas de autorrealización y libertad) y de *seguridad* (es decir, estabilidad y transmisión generacional de las ventajas obtenidas).

El título *Le Nouvel esprit* hace referencia, desde luego, al clásico estudio de Weber sobre la ética protestante. Sin embargo, Boltanski y Chiapello defienden que históricamente han existido tres «espíritus del capitalismo» sucesivos. El primero se conformó durante el siglo XIX. Su figura clave fue la del empresario burgués prometeico, un capitán de la industria con una capacidad absoluta para asumir el riesgo, la especulación y la innovación, y compensarlas mediante la determinación de acumular, la frugalidad personal y la adhesión puritana a la familia. No obstante, en el período de entreguerras, este modelo se consideró pasado de moda. Entre 1930 y 1960 emergió una nueva figura: el director heroico de la gran corporación centralizada y burocrática. El sueño de los jóvenes planificadores iba a ser cambiar el mundo gracias a la planificación a largo plazo y a la organización racional, estableciendo un vínculo entre autorrealización y seguridad, que se articuló en torno al ascenso a lo largo de una estructura profesional predeterminada, guiada por el interés común de satisfacer a los consumidores y superar la escasez. A su vez, la crisis de 1968 asestó un golpe mortal a este espíritu capitalista, desacreditando sus formas de justificación por constituir ficciones arcaicas y autoritarias, cada vez menos relacionadas con la realidad (los títulos dejaron de ser garantía de una carrera estable y de un futuro con derecho a pensión, etc.).

Con el fin de movilizar las energías humanas necesarias para asegurar su supervivencia y expansión, el sistema precisó en adelante de un tercer «espíritu». Éste es el objeto que Boltanski y Chiapello, tras los pasos de Sombart y Weber, se proponen indagar mediante un análisis comparativo de los textos de gestión producidos entre la década de 1960 y la de 1990. Se trata de textos prescriptivos que pretenden inspirar a sus audiencias demostrando que las técnicas que recomiendan no sólo son apasionantes e innovadoras, sino también compatibles, más allá de la mera rentabilidad, con un bien más elevado. El contraste entre estos dos períodos es sorprendente.

En la década de 1960, la literatura de gestión se enfrentó de forma constitutiva con la insatisfacción de los gestores y con los problemas que conllevaba dirigir corporaciones gigantescas. Sus propuestas para resolver estos problemas fueron la descentralización, la meritocracia y la autonomía limitada de los gestores, sin que esto implicara perder el control absoluto. Lo que más se temía era cualquier forma de pervivencia de los legados patriarcales o familiares entre los empleadores (favoritismo, nepotismo, confusión de lo personal y lo profesional) que pudiera comprometer la racionalidad u objetividad del proceso de gestión en su totalidad. En contraste, la literatura de la década de 1990 rechaza cualquier cosa con sabor a jerarquía o control vertical, por ser antieconómica en cuanto a los costes de transacción y repugnante en cuanto a su trasfondo moral. Las metáforas clave en dichos textos versan ahora sobre la ininterrumpida y constante intensificación de la competitividad internacional (la «amenaza» de Asia o del Tercer Mundo sustituyen al conflicto Este-Oeste de los años de la Guerra Fría), todo ello encapsulado bajo el término canónico de globalización. La figura organizativa central en el mundo contemporáneo es la de la «red». En realidad, la literatura de gestión se ha tornado tan rizomática que

Boltanski y Chiapello prácticamente llegan a sugerir, con ánimo malicioso, que Deleuze y sus seguidores podrían figurar como gurús de la gestión en lugar de filósofos antisistémicos. La red flexible se presenta como una forma singular a caballo entre el mercado y la jerarquía, cuyos resultados satisfactorios incluyen la *flexibilidad* de las empresas, el *trabajo en equipo*, la *satisfacción del cliente*, y la *capacidad visionaria* de los *directivos* o *coordinadores* (ya no gestores) que *inspiran* y *movilizan* a sus *operarios* (ya no trabajadores). La entidad capitalista ideal se caracteriza por ser un equipo autoorganizado que ha externalizado sus costes por medio de subcontratistas y que se apoya más en el conocimiento y la información que en la mano de obra o la capacitación técnica.

El carisma, la visión, las dotes comunicativas, la intuición, la movilidad y la generalidad se han convertido en los rasgos ideales que caracterizan a los nuevos directivos, capitalistas informales y descarados que como Bill Gates o «Ben y Jerry» (blanco específico de la furia de las protestas de Seattle) se niegan a rendirse ante las solemnidades formales de la autoridad burocrática. Y esto es así en la medida en que en la «empresa liberada», el control se ha internalizado en cada uno de los empleados, que «comparte el sueño» del directivo, y se ha externalizado en el cliente («el cliente es el rey») y en los imperativos de la competitividad. La separación taylorista entre diseño y ejecución es superada mediante la integración de tareas de control de calidad y mantenimiento en equipo, que ensalzan la capacidad y la autonomía personales. La «confianza» se convierte en el lubricante general en un mundo en el que prácticamente no existen jefes, donde todo el mundo puede autorrealizarse comprometiéndose con el «proyecto» en curso, y tiene ante sí la oportunidad de convertirse en el «visionario» de sus propios sueños.

Los teóricos de este nuevo modelo de gestión admiten parcialmente que esta visión utópica cuenta con un lado negativo, cuando advierten que las libertades que ofrece esta nueva forma de organización del trabajo van en detrimento del sentimiento de seguridad que ofrecían las oportunidades brindadas por el tipo de carrera profesional preestablecida vigente durante el segundo espíritu del capitalismo. A modo de recompensa parcial, esbozan un patrón de vida marcado por la implicación en proyectos consecutivos que van mejorando la «empleabilidad» del trabajador que se acumula en forma de «capital personal». La fragilidad del nuevo espíritu del capitalismo se pone de manifiesto en este hecho, así como en la importancia excesiva que en la literatura especializada se concede a la cuestión de la reputación –integridad, sinceridad, lealtad, etc.: gestos a favor de una personalización que apenas logra disimular su inclinación hacia el engaño y el oportunismo ante el menor riesgo de abuso.

Boltanski y Chiapello esbozan el modelo del nuevo marco moral de este orden emergente, cuya figura ideal es la de un «emprendedor en la red» ágil y móvil, tolerante con respecto a la diferencia y la ambivalencia, realista en relación a los deseos de la gente, informal y amistoso, con una relación menos rígida con la propiedad, ya que es el alquiler y no la propiedad absoluta lo que representa el futuro. A estas alturas debería haber quedado clara la conexión que Boltanski y Chiapello establecen entre el nuevo espíritu del capitalismo y las corrientes libertarias y románticas de finales de la década de 1960. Independientemente del mal uso que se haya hecho de ellas, el desafío que lanzaron a la *sociedad burguesa*, tal y como había sido concebida tradicionalmente, ha resultado compatible con una nueva forma de *capitalismo*. En este

proceso, la nueva metáfora de la red, originalmente asociada con el crimen y la subversión, ensalzada por discursos favorables de la filosofía y las ciencias sociales (Kuhn, Deleuze, Braudel, Habermas, la pragmática anglosajona, el interaccionismo simbólico y la etnometodología, entre otros), así como por las nuevas tecnologías esenciales de la comunicación y el transporte, se ha transformado en un icono del progreso.

Estos análisis ideológicos y culturales están, por lo tanto, entrelazados con transformaciones económicas y procesos políticos y conforman una síntesis panorámica que va más allá del alcance del ensayo original de Weber. En los capítulos dedicados a la correlación de fuerzas existente dentro de las empresas, en las que se ha vivido un declive abrupto del sindicalismo francés ya de por sí alejado de una posición de fuerza, Boltanski y Chiapello insisten en la importancia fundamental de un hecho que en la actualidad la sociología predominante, por no hablar de la ciencia política, pasa por alto: las clases sociales. Sin embargo, para dar cuenta de las transformaciones experimentadas durante estos años, su análisis no descansa fundamentalmente ni en una estrategia colectiva consciente ni en imperativos estructurales de carácter impersonal, aunque aluden a ambos, sino por el contrario en los efectos acumulativos de múltiples acciones moleculares que desencadenan unas consecuencias no intencionadas y perversas. En este sentido, las críticas radicales que desde la extrema izquierda se hicieron al sindicalismo y a las formas de representación obrera después de 1968 proporcionaron herramientas a los empleadores para la ofensiva, que debilitó cualquier posibilidad de resistencia ante los nuevos modos de organizar los procesos del trabajo; simultáneamente, tras la crisis del petróleo y la recesión de 1974-1975, la interacción entre empleadores «ilustrados» y sociólogos del trabajo contribuyó a neutralizar cualquier desafío desde abajo a las prerrogativas de los directivos empresariales.

A finales de la década de 1970, mientras los *nouveaux philosophes* lanzaban diatribas contra las maldades del comunismo, se estaba gestando una contrarrevolución silenciosa que poco a poco iría transformando la correlación de fuerzas existente en lugar de trabajo. Ésta fue la fase decisiva en la que se produjeron los cambios en la morfología de la empresa. La victoria socialista en 1981, sin embargo, aceleró el proceso, mientras las leyes Auroux de 1982-1983, que supuestamente deberían haber fortalecido a los sindicatos al trasladar al lugar de trabajo las negociaciones salariales, contribuyeron a que los empleadores los debilitaran mientras los economistas *énarques* aplicaban la deflación y los antiguos *soixante-huitards* se convertían en consultores comerciales. Mientras el resto de la izquierda abandonaba la crítica social al capitalismo en manos de un desacreditado PCF, los antiguos radicales acababan con lo que quedaba de la «crítica artística» para ponerla al servicio de diferentes iniciativas empresariales, naturalmente, como una forma de «transcender el capitalismo», y de paso también el anticapitalismo.

Esta ideología, al margen del éxito alcanzado, no pudo hacerse con todo el espacio de las representaciones en una sociedad tan polarizada como la actual. En la medida en que las clases desaparecieron de cualquier forma de discurso respetable, el tema de la exclusión social emergió como un sustituto relativamente inocuo. Boltanski y Chiapello siguen la pista de los impulsos humanitaristas que, a su vez, dieron lugar a nuevos movimientos sociales que encarnaban una recuperación «vacilante y modesta» de la crítica social al capitalismo:

coordinaciones de base que han organizado varias huelgas en los últimos años; los movimientos de los *sams*—aquellos que viven «sin» lo que se considera necesario en la vida moderna, careciendo de papeles, casas, empleos; o los sindicatos SUD autónomos. Todos ellos, explican los autores, son fieles reflejos de nuestro tiempo. Lejos de reproducir las estructuras y prácticas tradicionales del movimiento obrero, ponen de manifiesto una «homología morfológica» de la forma en red del capitalismo: flexibilidad y concentración en proyectos específicos, acuerdos puntuales sobre intervenciones particulares, heterogeneidad en la composición, indiferencia hacia el número y la forma de pertenencia, etcétera.

¿Cuáles son, por consiguiente, las conclusiones políticas del libro? Para Boltanski y Chiapello, el discurso de la «exclusión» resulta demasiado débil para ofrecer una base firme de resistencia frente al sistema. Lo que hace falta, en cambio, es una nueva concepción de la explotación, que se adecue a la conectividad del mundo y vincule la movilidad de un sujeto a la inmovilidad de otro, como un nuevo modo de extracción de plusvalor. Según su punto de vista, el resultado es una proliferación de relaciones de explotación: «mercados financieros *versus* países; mercados financieros *versus* empresas; empresas *versus* trabajadores temporales; consumidores *versus* empresas.» Conforme a estas líneas de ramificación es como debería renovarse la crítica social al capitalismo. Tampoco debería la crítica artística rendirse ante la complicidad demostrada en los últimos tiempos con el orden establecido. Las tasas crecientes de suicidio anómico y de depresión son síntomas de las contradicciones y limitaciones de la endogénesis que el capitalismo impone a su alteridad crítica. La noción de autenticidad, valor desacreditado con demasiada frecuencia por pensadores como Bourdieu, Derrida o Deleuze, puede y debe ser rescatada de su asimilación por parte del mercado, sin que por ello revierta en conservadurismo. El nuevo espíritu del capitalismo hace precisa una nueva alianza crítica en su contra, capaz de unir las exigencias de solidaridad y justicia con las de libertad y autenticidad.

¿Qué críticas podrían hacerse a una obra que acaba con este apunte? La cuestión misma del «nuevo espíritu» se resiente ante una cierta falta de fundamento de sus materiales originales. La muestra de textos de gestión empleada es relativamente pequeña, y no distingue entre obras con una repercusión local y otras traducidas, tampoco aborda la diferencia entre ventas relativas e irrupción masiva. Lo que resulta más significativo es que no presenta ninguna evidencia sólida que acredite la influencia en términos generales de esta literatura sobre la sociedad francesa. Cabría pensar que ha tenido un fuerte impacto sobre los ejecutivos, sin asumir necesariamente que los trabajadores, incluso los que trabajan en las nuevas empresas «flexibles», se hayan empapado realmente de buena parte de este *ethos*. Lo cierto es que *Le Nouvel esprit* carece, además, de una dimensión comparativa. En definitiva, la desregulación financiera, la flexibilización de la producción, la globalización del comercio y la inversión no se limitan a Francia.

Boltanski y Chiapello no prestan prácticamente ninguna atención a los debates en lengua inglesa sobre estas cuestiones. Dado que las transformaciones estructurales más importantes del capitalismo contemporáneo han tenido un alcance internacional, uno se queda con la duda de si no estarán sobreestimando el peso de mayo de 1968 y sus secuelas cuando explican las causas de

aquéllas. La introducción del neoliberalismo en Francia estuvo claramente sobredeterminada en modos fundamentales por elementos de la situación local. Sin embargo, Boltanski y Chiapello seguirían siendo sospechosos de infravalorar las variables sistémicas a favor de las nacionales y coyunturales. Sería interesante saber si los textos sobre la administración de empresas a partir de mediados de la década de 1990 (su muestra abarca desde 1989 hasta 1994) siguen suscitando la misma valoración, o si la presión que ejerce la acumulación a escala global ha dado paso a metáforas sencillamente más agresivas e inspiradas en la guerra.

Teóricamente, el trabajo anterior de Boltanski con Thévenot fue recibido por parte de algunos como un rechazo saludable contra la esteril retórica del enmascaramiento ideológico y de la denuncia representada supuestamente por la escuela de Bourdieu: un «giro pragmático» que concedía el debido peso a las ideas y justificaciones de los propios sujetos, en lugar de relegarlos empleando las categorías de la falsa conciencia. Inspirada en lo mejor de la filosofía comunitarista –Walzer y Taylor– y en una microeconomía contenida, esta nueva sociología tendría la capacidad de reconciliar los intereses de justicia con la lógica del mercado. *Le Nouvel esprit* representa claramente una obra más radical que *De la justification*. Sin embargo, buena parte de su aparato teórico mantiene una línea de continuidad con respecto al libro anterior, sin que se haya producido una articulación satisfactoria entre ambos. No obstante, comparten una concepción del Estado como ámbito de compromiso –entre diferentes lógicas y normas– y, por lo tanto, de constricciones y regulaciones sociales. Esto es lo que permite a Boltanski y Chiapello centrarse con tanto énfasis en los microdesplazamientos que se producen en el ámbito de la empresa, sorteando los acuerdos corporativistas tradicionales y las instituciones del bienestar y vislumbrando, de este modo, un paquete de reformas jurídicas como antídoto frente a un desarrollo sin trabas del capitalismo en red. Los autores sugieren que entre los agentes de dicho programa podrían incluirse a los burócratas de alto nivel, a los ejecutivos e incluso a los capitalistas ilustrados. Aquí es donde reside claramente la limitación de este tipo de pragmatismo, el punto en el que deserta de todo realismo.